

# AMERICA:

## la navidad marginal

La proximidad de la Navidad de 1982 puede bien hacernos reflexionar acerca del sentido de esta fiesta principal de la Iglesia insertos, como estamos, en este rincón de Sudamérica del que somos hijos telúricos, a la vez que somos hijos de Dios. Nuestro ser es, en gran medida, producto de esta doble filiación, porque culturalmente pertenecemos a la América pagana lo mismo que a la Europa cristiana. Somos hijos de esta tierra, de la Pachamama de los quechuas, a la vez del Redentor celestial.

Y es por ello que el catolicismo y todas sus celebraciones adquieren en estas latitudes matices especiales, únicos, formas de manifestarse y de ser vividos propios de esta gente. Por eso subsisten, junto a las fórmulas "oficiales", ritos populares de hondas tradiciones.

La misma formación del ciclo de Navidad en el Año Litúrgico se realiza tomando como base la celebración universal de fiestas paganas preexistentes, a las que da un nuevo sentido.

De allí que debemos admitir que la esencia del Cristianismo es netamente popular. Y lo es porque la venida de Cristo al mundo se produce en medio de la mayor pobreza, en medio de la persecución, en medio de un pueblo dominado. El Rey del mundo nace como el último de los hombres. Para nada su venida establece un reino "oficial" en este mundo, aunque su Poder está por encima que el de los reyes de la tierra. Cristo viene a compartir con el pueblo su vida de austeridad y a librarlo de sus sufrimientos: los inmediatos y los eternos. Por esencia, entonces, su mensaje es popular y será en el pueblo donde arraigará en primer lugar cuando, como el grano de trigo, caiga a tierra y muera para vencer a la muerte.

En América, catorce siglos des-

pués, ese mensaje vendrá a dar nuevo sentido a una religiosidad preexistente, a vivencias religiosas en muchos casos de gran profundidad y elaboración.

Y las supervivencias de esa religiosidad son notables, aun en los pueblos que, como el nuestro, no poseyó una cultura prehispánica del nivel de la de otros pueblos.

La convivencia de los elementos paganos precolombinos y de la religión establecida en celebraciones de fundamento teológico, no supone una contradicción insalvable. ¿Qué contradicción puede existir cuando el mensaje mismo de Cristo reúne la victoria sobre la muerte por medio de la muerte, el encuentro del tiempo y la eternidad en su Encarnación, la consecución de la gloria por el camino de la cruz? Por otra parte, en nuestra sociedad occidental las contradicciones son tan fuertes como las que pretende verse en los ritos populares o indígenas de celebración cristiana. Dice una cronista que visitó a los indios aymará bolivianos en una celebración navideña, que en una parte de la ceremonia, hombres vestidos de demonios realizan danzas que culminan con el Diablo principal proclamándose protector del Niño Jesús. Y reflexiona

luego: "el aymará no aprendió aún el mecanismo defensivo consistente en aislar el bien y el mal en casilleros estancos. En último análisis, la protección de Lucifer al niño Jesús presenta una curiosa coincidencia con la ideología de una civilización que se arma para asegurar la paz".

En nuestro presente inmediato, parece imprescindible vincular la Navidad con una manifestación popular cuyo origen, sin un estudio antropológico profundo, puede ubicarse en la ruptura entre el orden oficial y otro propio del pueblo. Un orden roto que se opone violentamente al mensaje cristiano. Hablamos de una Navidad con ollas populares, de una Navidad que si bien, como todas, presagia la venida del reino eterno y, por la fe, la inaugura, se produce en medio de la injusticia social. Cristo nacerá, entre los pobres, entre los suyos. Como todos los años, serán numerosos los hombres que no estarán alrededor de su pesebre. Son los mismos que viven, permanentemente, en torno a su cruz, mofándose de El, haciendo escarnio de su sufrimiento.

La pobreza por el Espíritu que merece la bienaventuranza, no equivale a la injusticia social. Hay mucho más que simpáticas supervivencias en las celebraciones religiosas de nuestro pueblo: hay la imposibilidad de asimilarse al mundo de los poderosos, la imposición de una marginalidad que adquiere su propio lenguaje, sus propios ritos, sus propias esperanzas, su propia escatología. Y ésta es la expresión de lo popular, idioma hermético para los de afuera. Y la mirada simpática muchas veces denuncia la incompreensión, la imposibilidad de penetrar en los fundamentos vitales del pueblo. Así como existe la doble filiación, así también existen dos mundos creados por una brecha de poder, y existen por lo tanto dos Navidades. El Niño Jesús abraza a los hombres por encima de las brechas, pero hay quienes rechazan ese abrazo salvador y se marginan imponiendo marginación a los demás.

Gabriel Abalos

